

CAPILLADA 223. 18 de febrero de 1840.

FR. GERUNDIO.

EL CARNAVAL DEL AÑO 40.

Paulatinamente y por grados se nos ha ido viniendo encima el carnaval del año presente. Uno tras otro han ido abriéndose los grandes salones de Madrid destinados a las funciones propias de la temporada. Rompió la marcha el de la *Fontana de Oro*. Tras esta avanzada marcharon los

de *Cervantes* y de la *calle de la Reina*. Estos tres se adelantaron bastantes jornadas, al cabo de las cuales se abrió primero el salon de la *Filarmónica*; á este siguió el del *Instituto*; un dia despues se hizo la apertura de el del *Príncipe*; el sábado 15 se inauguró el de *Oriente*; y á los tres dias no completos, á la hora poco mas ó menos que saldrá esta capillada, se estará haciendo la solemne apertura de el del *Espíritu Santo*, vulgo *Salon de Córtes*.

Las máscaras pues y las córtes del presente carnaval son los dos asuntos que sirven de tema á todas las conversaciones del dia. De las últimas solo se puede hablar por cálculos, por congeturas y en profecía : de las primeras puede hablarse ya como de *hechos prácticos*, en espresion de D. Martin de los Heros. De todos modos los dominós y los capuchones, la revision de actas y los proyectos de ley es lo que ocupa y escita la curiosidad y la espectacion pública.

Yo Fr. Gerundio de Campazas y Carabanchel, á quien así dan alimento periodístico la política como las costumbres, el bullicio y tumulto de las máscaras como el estrépito y la broma de las discusiones, no puedo dispensarme de ir reseñando, en cuanto mis gerundianas fuerzas alcanzáren, lo que en uno y otro campo de mas notable ocurra y acaezca. Hagámonos pues la señal de la cruz, y demos principio á la obra, que todo se andará si la capilla no se rompe.

LOS DOS ORIENTES.

La misma impaciencia, el mismo anhelo, la propia ansiedad que mortifica, y con que deséa y aguarda un diputado novel por primera vez electo, que llegue el suspirado instante de que se abra su legislatura para sentarse en los escaños encantados, y poder decir: «ya soy diputado: *ya figúro*:» la misma avidéz notaba yo en mi Tirabeque de ver llegado el momento de presentarse en el gran salon de Oriente, y de ver en todo su brillo y esplendor los aparatos de exornacion que pocos dias antes habia admirado. Y á la manera que Calderon Collantes el primer dia que se presentó como ministro en la secretaría de su cargo dió principio á sus actos gubernativos diciendo: «¿no hay quien tome esta capa? ¿Soy yo el ministro, ó qué soy yo en esta secretaría?» así deseaba Tirabeque el momento de personarse ante el recibidor de billetes de Oriente, y sacando orgulosamente uno de los que la empresa habia tenido la generosidad de regalarnos, decir: «¿no hay un vestuario en donde dejar estas capas? ¿Traigo billete de convite ó no le traigo?»

Por lo mismo me complacia yo en ejercitar su paciencia, y en hacérselo desear. «Señor, me decia, supuesto que ha rezado vd. ya los maitines para mañana, bien podiamos ir andando hácia Oriente, que ya es hora sobrada.—¿Y qué tene-

mos que hacer nosotros en Oriente? Anda, que lo que no arregle *M. de Brunov* desde Londres no lo hemos de arreglar nosotros, aunque vayamos allá.— Señor, no es á arreglarlo á lo que nosotros habrémos de ir, que arreglado pienso que estará ya ello, y no desde Londres como vd. dice, sino desde aqui desde Madrid.— ¡Desde Madrid! Si, ya baja. ¡Con que es bueno que Mr. Thiers con toda su esquisita perspicacia y toda su influencia europea no ha podido hacer un arreglo justo y definitivo en Oriente, y quieres ahora que pueda hacerse desde Madrid! Bien es verdad que tampoco le dejaron desarrollar sus planes..... y á fé que alguna cuenta nos hubiera tenido, porque su sistema era apresurar para ello la completa pacificación de España. Pero pienso que no han de tardar mucho los franceses en tirarse de las barbas, Pelegrin.— Pero señor, ¿qué franceses ni qué ás de bastos, si quien lo ha hecho todo en Oriente son un tal Fernandez de la Vega y un tal Salas, tan españoles como vd. y como yo, y aun el uno de ellos paisano nuestro, segun tengo entendido?— ¿Qué sabes tú lo que hablas, pobre hombre? El caso es que por haber desoido los consejos de Mr. Thiers, y su plan de estrechar mas y mas la alianza con la Inglaterra combinando de esta manera una liga meridional respetable, ahora esta potencia se ha entibiado con la Francia, y haciendo migas con la Rusia, la Prusia y el Austria, son las que sin contar con ella van á man-

gonear en el gran negocio de Oriente y á guisárselo todo á su manera.

Válgame Dios, mi amo: vd. se me sale de la cuestion. Lo que digo es que ya debe haber empezado en Oriente la broma, y nosotros todavia nos estamos aqui con nuestra santa cachaza.—No, empezar no ha empezado todavia; pero si Mehemet-Alí se obstina en no ceder un palmo de la Siria, como parece que piensa, no tendrá remedio sino empezar la broma, y empezar de firme. Ya la Francia lo conoce bien, y esto es lo que motiva el que se esté formando allí un partido respetable en favor de Thiers. Con tiempo se lo avisó Fr. Gerundia... tu amo, sí, tu amo: y sinó no tienes mas que recordar lo que sobre el particular les dije mas de un año há: pero amigo, aquel Molé de mis pecados.....—Señor, por San Judas el que no fué malo..... si yo no me acuerdo ahora del Oriente de allá sino del Oriente de la plazuela de ahíabajo.—Eso es otra cosa, hombre. Como hay dos Orientes no te habia entendido.—Señor, diga vd. que no ha querido entenderme.—Y bien ¿qué querias?—Señor, ir allá cuanto antes, que la noche se pasa, y no es cosa de perder las máscaras.

Parecióme que le habia martirizado bastante, y tomando nuestro equipage nocturno, ajustada la peluca de máscaras (aquella peluca que tengo sin corona para estos casos), y dadas las demas disposiciones domésticas, colocado un dominó debajo del brazo, salimos, anduvimos, llegamos,

subimos y entramos en el salon, Tirabeque con el dominó puesto, y yo en el traje admitido en el siglo social, que harto disfraz es para un secularizado cambiar la vestimenta del claustro por la del siglo, perdónemelo Dios.

INCONVENIENTES DE LA DISCUSION.

No bien habia entrado en el salon cuando ya me ví rodeado de máscaras, que á un tiempo pronunciaban el nombre de Fr. Gerundio. Hablabanme todas á un tiempo, interpelábanme simultáneamente, les supliqué que usáran de la palabra por su órden para poder contestar á cada una, pero no pude conseguirlo. Acordéme entonces de lo que habia leído en un periódico ministerial aquel dia, á saber, que la discusion es perjudicial, que es como decir que las córtes están de sobra. Pedí pues á mi pequeña pero cùillona asamblea un voto de confianza para gobernármelas sólo y no de Dios por el salon, que es lo mismo que se cree tiene en mientes el gobierno con las córtes de este carnaval; tuve la fortuna de que me lo concedieran, y quedé *comm' il faut*, á mis anchas.

EL SEIS POR CIENTO.

Mas á los dos pasos me ví acometido por una robusta y corpulenta pasiega que me dijo: «¡ay Fr. Gerundio mio! cuánto celebros encontrar-

te! Mucho te quiero, Gerundio de mis entrañas. En nombre de todas las de mi clase te doy las gracias por lo mucho que te interesas por nosotros, pues en casi todas tus capilladas nos tienes presentes. Pero aun no has tocado cierto punto, acaso porque le ignorarás. ¿Cómo querrás creer, Gerundio mio, que despues de irnos destilando las pagas á gotitas á las viudas de hacienda, como tu sabes, aun de esas gotitas se empeñan en descontarnos un seis por ciento?—Máscara, ¿y tú eres viuda?—Por mi desgracia.—No te creo.—¿Y por qué no me has de creer, Gerundio?—Por la sencilla razon de verte tan robusta, que con el seis por ciento que me prestáras de tus carnes podia quedar yo un Fr. Gerundio regular, y tú quedarias tambien un poco mas esbelta y menos afoliada.—Créete Fr. Gerundio, que son carnes fofas, como puedo facilmente certificar.—Gracias, máscara, te creo sobre tu palabra. A Dios, que voy á ver qué me quiere aquél dominó que me está llamando.—Pero no te olvides del seis por ciento y de que son fofas.—Está bien.

DOS CABRERAS.

¿Me conoces?—No es facil estando como estás tan tapujado.—¿Qué has oido de Cabrera?—Mucho en verdad, y nada que pueda asegurarse. Uuos dicen que se está restableciendo en S. Mateo: otros que está bueno y sano en Morella: otros que lo

de haberle visto entrar en una camilla en Hervés ha sido farsa, y que mientras se le creía moribundo, se estaba paseando en Bourges con su amo: otros afirman que ha muerto, y otros en fin.....—
 Acerca el oido.....escucha..... ¿Y si fuese yo?

Al oír esta espresion di un salto atrás sobre-cogido de pavor, y encaminábame á ponerlo en noticia del hermano D. Diego Leon, con quien acababa de tropezarme dos minutos hacia, pero él tomándome del brazo volvió á arrimarme á sí, y me dijo por lo bajo: «no te asustes, Fr. Gerundio: Cabrera soy, pero no el tigre, sino tu amigo Antonio Cabrera.» Y levantando el tapa-boca de seda de la careta, ví en efecto que era mi amigo Antonio Cabrera, que tambien hay Cabreritas buenos en Madrid.—¿Y por qué, le dije, se ha complacido vd. en darme este susto?—Nada mas que por hacer á vd. ver, Gerundio hermano, los buenos espías que los liberales tenemos; y que cuando despues de tres meses que se habla de la enfermedad y muerte de Cabrera, aun no se ha podido apear si es vivo ó muerto, ni dónde ha estado y dónde pára, no será estraño que se encuentre vestido de máscara en este salon divirtiéndose con nosotros, y que conforme ahora ha estado vd. hablando con su amigo Cabrera hable vd. dos pasos mas allá con el tigre tortosíno: por que tál es nuestro espionage. Agur, Fr. Gerundio; aprovechar el tiempo y divertirse mucho.

Tres disfraces.

Escusado era pensar en poder dar un paso por el salon sin ser interpelado por alguna máscara. La beata, la vestal, la asiática, la india, la turca, la antigua española, la romana, la judía, todas tenían algo que preguntar á Fr. Gerundio, de forma que Fr. Gerundio parecia un juez á quien en aquella bulliciosa Palmira acudian á consultar las comisionadas de todas las religiones del globo. A mí unas veces me daba por ser un acérrimo politeísta, es decir, por mostrarme igualmente adorador de todas ellas, y otras por ser ateo y no creer á ninguna. Cualquiera de estos dos sistemas me daba iguales resultados. Y aunque generalmente las máscaras de Madrid son como los predicadores de vereda, que con un sermón tienen para todos, y á todos les citan el mismo testo y los mismos lugares comunes, encuéntranse sin embargo algunas otras que entienden bien el arte de embromar.

Tal fué una que se decia *diplomática*, y que me habló lo menos bajo tres disfraces.—¿Me conoces, Fr. Gerundio? me decia.—No, máscara, no te conozco. Lo que reconozco es tu voz. Tu me has hablado antes en traje de mallorquina, y aun me parece que antes del capuchon que ahora traes has usado otro disfraz que no recuerdo bien.—En efecto, Fr. Gerundio, no te equivocas. Ya llevo tres disfraces.—¿Y para qué tantos?—Porque soy

diplomática, ¿no te lo he dicho? Yo soy la *Mesternicha* de este Oriente. Los diplomáticos todo esto necesitamos, y aun mas, para que no nos conozcan, porque en conociéndonos somos perdidos.

No me pareció de las hermanas comunes la diplomatiquilla, y acordéme tambien de cierto correspondal de periódicos, que á todos escribe bajo diferente firma, y á cada uno le habla en el sentido de la opinion que representa. En el *Mensajero* se firma *A. B. de V.*; en la *Prensa* y el *Correspondal*, *D. del G.*; y en la *Legalidad* se suscribe *B. de Ll*; y ninguno de estos es su verdadero nombre. Esto es para que nos siemos de máscaras, de diplomáticos, y de firmas desconocidas.

EL DOMINÓ MISTERIOSO.

Pero la máscara que mas me persiguió fué un diablo de un dominó negro, que á donde quiera que iba allí se me aparecia como un duende.—Muy solo andas Fr. Gerundio, me dijo en una ocasion: ¿dónde has dejado á Tirabeque?—Por ahí andará tambien divirtiéndose.—No le he visto.—Es que anda disfrazado.—¿Y tú cómo no te disfrazas?—Porque en ese caso tu no me conocerías y no podrias tener el gusto de darme broma.—Vaya que si hubieras pedido un vestido á los dos comisionados de los aguadores que te fueron á consultar esta tarde sobre su pleito con el ayuntamiento, podias haber

venido bien disfrazado.—En efecto, máscara, y no era fácil que se hubiera pasado á nadie por la imaginación que el aguador era Fr. Gerundio; pero ya ves.....—Es verdad; eso hubiera sido bueno para Tirabeque.—No, para Tirabeque no, porque como es cojo, necesita un traje que le arrastre como este dominó, para que no le conozcan. Ya sé que estabas comiendo cuando fueron los comisionados de *la coalición de los cuatro unos*.

Es verdad, máscara. Pronto ha llegado á tu noticia.—Como todo lo que tu haces, porque no das un paso que yo no lo sepa. Y sé tambien lo que les aconsejaste: les dijiste que no se metieran en un pleito, pues aunque la medida del ayuntamiento la tenias tu por muy impolítica en las circunstancias actuales, y que podia causar inmensos perjuicios á la poblacion, en rigor de justicia el ayuntamiento tenia derecho á imponer las condiciones que tuviera por conveniente á las plazas y á las licencias, como administrador que es de las aguas de villa. Y que en atención á eso les aconsejabas que entráran y aun pidieran una *transacion honrosa*.—Muy enterado estás, máscara.—Y sé tambien lo que ellos te digieron.

Pero estarás muy cansado, Fr. Gerundio?—¿Por qué dices eso?—Porque esta tarde has andado por calles muy estraviadas: y bien podias haber tenido compasion del pobre Tirabeque, que apenas te podia seguir con su pata coja. ¿No es verdad que estuviste allá en la calle del Rio, y que en-

traste en el núm. 24 en un cuarto bajo?—No lo niego, máscara.—Ni pudieras negármelo tampoco, porque te ví yo entrar.—Máscara, tu me andas siguiendo los pasos. Eso significa que eres un enemigo mio, ó bien algun agente de policia.—Nada menos que eso, Fr. Gerundio; soy un amigo tuyo, y te aseguro que entre todos tus amigos ninguno hay que te quiera tan deveras como yo.—Muchas gracias; en estas noches todos quereis y amais mucho; todos sois muy amigos.

Y sé tambien que fuiste á dicha calle y casa á ver una famosa cómoda y una papelera, que dicen son la admiracion de cuantos las han visto.—Asi es la verdad, máscara: pienso que es lo mejor que se ha visto en su clase. Pero el pobre artista vive en una humilde chozita detrás de la calle *del Fomento*, llamada asi desde que está en ella el ministerio de la Gobernacion, que asi premia el gobierno español á los artistas, amigo.—Por eso sin duda al pasar esta tarde por delante de ese ministerio, cuando leyó Tirabeque el rótulo de grandes letras doradas que tiene en el frontispicio, y que todavia dice: MINISTERIO DEL FOMENTO, te dijo: «mi amo, esta rotulata es al simil de la que tiene la caja en que suele vd. sentarse por las mañanas; que en la tapa dice: MÁXIMAS DE BUEN GOBIERNO, y por dentro ya sabe vd. lo que contiene. Asi pienso yo que es esto: aqui dice *Ministerio del Fomento*, y detras de él vive la industria metida en un rincon.»

Y dime Fr. Ferundio: ¿cómo no hablas algo de esa contrata escandalosa de los 200 millones que dicen que ha hecho el gobierno, dando en garantía á los contratistas hasta mil millones? ¡Mil millones Fr. Gerundio! ¡Mil millones! ¡Que asombra solamente el nombrarlos! ¿Por qué no denuncias esto? Lo gordo, lo gordo, Fr. Gerundio es lo que debes denunciar.—Ya ves, máscara, que para denunciar estas cosas se necesitan datos, y yo no los tengo.—Ya te los doy yo.—Si, pero tu eres un anónimo, y ya habrás leído que de anónimos no hago caso.—Puedes ponerlo en boca de Tirabeque; que es á quien haces cargar con todas la culpas.»

Mucho me iba dando en que entender el hombre del dominó negro, y para ver si lograba que se descubriera la máscara misteriosa que tan enterado estaba de mis gerundianas operaciones, discurrí convidarle al ambigú. «Máscara, le dije; me parece que es hora de tomar algo: ¿quieres hacerme el obsequio de acompañarme al ambigú?—Con mucho gusto, me dijo; el obsequio yo soy el que lo recibo: además que ya me va afligiendo algo el estómago.»—Si admirado me había el hombre con su broma, no me admiró menos la franqueza con que aceptó mi convite. Pasamos pues juntos á las salas del ambigú. La estrepitosa algaravía y algazara que en los subterráneos de los campos de Barahona hace armar mi amigo *Hartzembasch* á brujos y brujas, magos, diablos y ur-

chimagas con sus panderos, sonajas, castañuelas, voces, gritos y palmadas, es una imperfecta imagen del estruendoso bullicio que hacian en los salones del ambigú de Oriente los gastrónomos que á las mesas engullian.

El dominó negro y yo nos sentamos á la primera que desocuparse vimos. Habia sobre ella un folleto en cuarto con forro de papel fino carmesí. Me figuré si serian las constituciones ó reglamento de aquella asamblea de bullangueros. Le tomé, le abrí, y era el *programa* ó sea la lista de los artículos del ambigú con inclusion de sus precios, impreso en papel vitela con elegantes y variados filetes en cada página en la *imprensa de sordomudos*. Qué estar impreso por sordomudos un documento que habia de servir para mover tan tumultuosa é infernal algazara y gritería, no deja de ser circunstancia singular. Pero el buen gusto del tipo honra como muchas otras cosas al director del colegio de sordomudos, cuya instruccion y laboriosidad he tenido mas de una ocasion de admirar.

Le dije al hombre del dominó que pidiera lo que gustase; y él sin hacerse de rogar, tomó el programa con resuelto desembarazo, y repasando la serie de artículos página por página, dijo que por de pronto podian traer *un pan de hígado á la teresca*; unas *pechugas de polla á la suprema*: un par de *remoladas frias con pescado á la sanglot*: unas *anguilas á la tártara*: unos *pasteles á la be-*

besamela (1): un panotín á la deresca: una ensalada de pollo á la italiana: un petit pot á la bainilla: un queso de Gruyere: un par de botellas de Champana, y otro par de ellas de Frontiñan, con alguna otra friolera que yo gustase. Moderado y frugal, y harto corto de jenio me pareció el hermano del negro dominó. Mi corazón dió un vuelco tan grande de susto, que con la oscilacion hizo sonar unas cuantas monedas que llevaba en el bolsillo, y por el ruido me pareció que eran pocas para salir airoso de mi compromiso con el glotonazo del dominó, que tal me iba pareciendo ya. No obstante, lejos de dar mi brazo á torcer llamé al mozo, le hice mi pedido, y á poco se cubrió la mesa, y nos dispusimos á la operacion de yantar.

Era llegado el momento de descubrirse el incógnito, y de satisfacerse la curiosidad mia. En efecto dió principio á desatarse las cintas del antifaz....., quítase la careta..... y descúbreseme..... ¡santos cielos! el rostro de Tirabeque, que soltando una solemnísima carcajada me dejó mas corrido que un mono y mas avergonzado que un criminal. Señor, me dijo el maulero sin dejar de reir, aprenda vd. á ser fino y obsequioso con máscaras desconocidas. Por ahora vamos embaulando lo que nos han traído, y que le sirva á vd. de escarmiento para no convidar á gente que no conozca, pues

(1) Esto de *besamela* creí que era pulla del enmascarado; pero tomé el programa, y vi que efectivamente estaba así impreso.

asi como yo me he contentado con estas frioleras, para tomar un refuercillo, otra vez podrá vd. tropezar con quien mande traer media fonda ó repostería. Y vamos comiendo, señor, que con esto me doy por vengado de lo que me hizo vd. desear la venida con aquello de los dos Orientes.—Pero hombre, ese no es el dominó que tragiste de casa.—Por supuesto, señor; aquél le cambié por éste para poder divertirme con vd.

La cosa no tenia remedio: hube de recibir la pesada broma con paciencia, y gracias que me alcanzó, aunque á duras penas, lo que en el bolsillo llevaba para no adquirir un empeño vergonzoso con el director del ambigú. Hermanos, aprended de Fr. Gerundio á no ser tan obsequiosos con máscaras desconocidas, pues tal vez pensaréis habéros las con un finito y parco elegante, de estos que se mantienen dos dias con una rosquilla, ó con una amante hermosa y desganaada, y toparéis con un gloton Tirabeque, ó con una fea y antojadiza Tirabeca, que os deje el bolsillo mas limpio que patena; y os arranquéis ademas el pelo con la rabia y la coragina. Por eso, hermanos míos, os digo; escarmentad.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRENTA DE MELLADO.